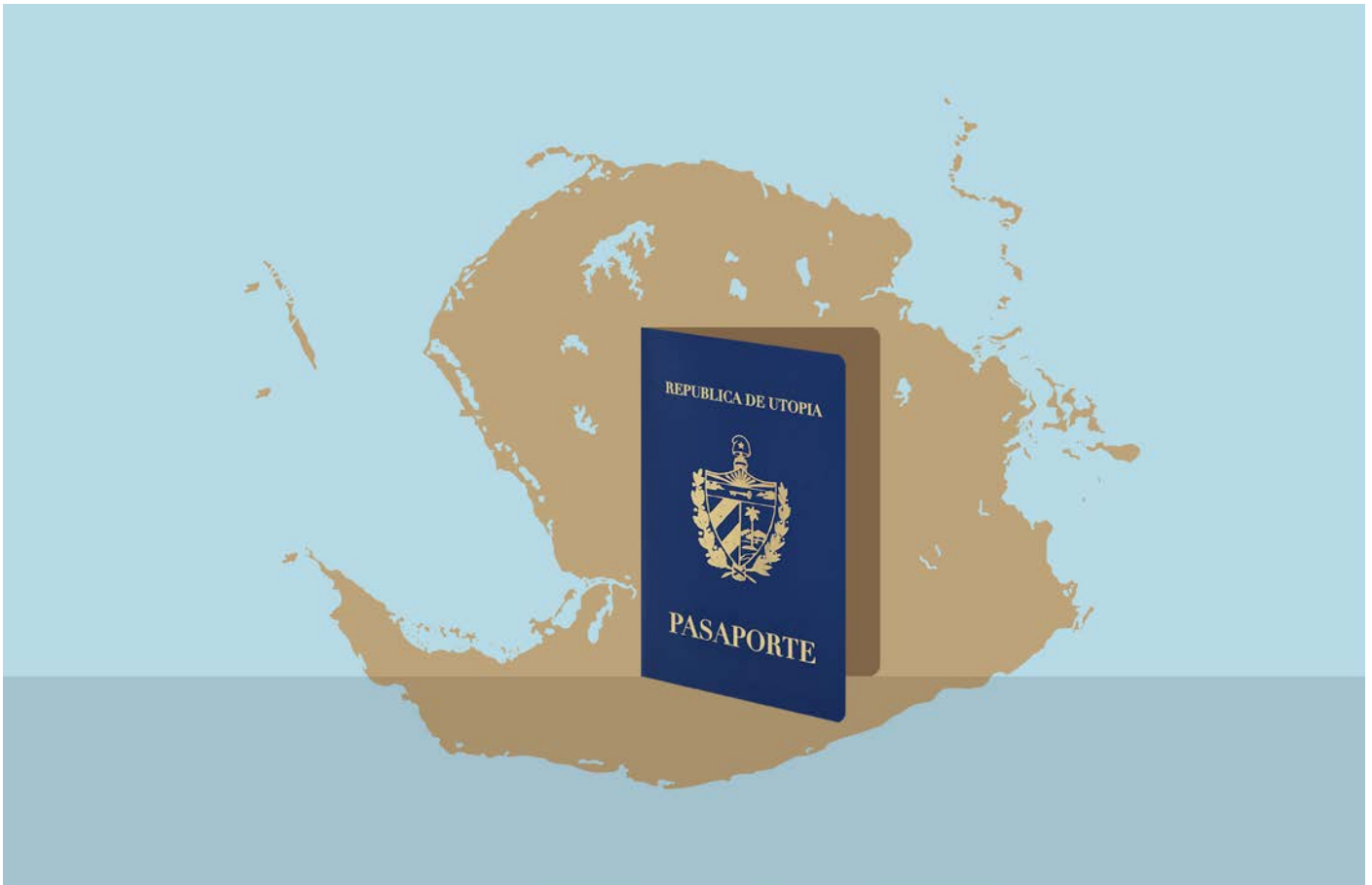


Tiempo de utopías

Remando hacia Utopía

Carmina Martín



Contra el neo-liberalismo. (Óscar Baiges)

Aquella mañana te levantaste más temprano que de costumbre de ese suelo en el que noche tras noche depositabas tu cuerpo cansado. Las horas pasaron rápidas, los hilos de luz que lanzaba la luna atravesaban las grietas de la techumbre.

Las jornadas de los últimos meses fueron mucho más largas que las habituales, era necesario realizar el último esfuerzo, ya habías entregado todas las monedas, sembraste la esperanza en unas viejas tablas que te llevarían hacia Utopía.

De niño, cuando asistías a las clases de la escuela, que se encontraba a diez kilómetros de la aldea, cayó en tus manos el libro de Tomás Moro y aquella isla pasó a ser tu sueño, tu fin, el espacio en el que querías vivir, tu espacio.

El hombre que habías conocido unos meses atrás te contó donde estaba y lo sencillo que era alcanzarla:

“El viaje será rápido y seguro, tan solo hay que aprovechar el momento en el que las aguas estén calmadas. El coste, tres mil seiscientos dólares por cabeza, con un espacio para cada uno. Al llegar al otro lado tendréis una casa, un trabajo valorado y que realizarás en jornadas dignas que te permitirán tener tus momentos de descanso, tu hijo asistirá a un colegio a la vuelta de la esquina donde los niños no recriminarán su color y su madre no tendrá que esconderlo de nadie que quiera reclutarlo para esas guerras sin fin, los tres seréis aceptados en la comunidad con tolerancia y respeto”

¿Cuántas jornadas habían pasado desde aquella? Ese ya no era un dato significativo, ya estaban pagados los tres pasajes. Ahora era el momento de visitar a los familiares, agradecer esa ayuda sin condiciones que habíais recibido.

Los mayores lloraban, comprendían y no entendían esta marcha. Envueltos en una tela blanca te entregaron unos trozos de carne seca. Ella está amamantando al bebé, la madre tiene que comer. Las palabras se quedaron enganchadas en tu garganta cuando tu abuela te dio cuatro pares de alpargatas de esparto que había tejido “—con esto iréis bien, no le digas a tu madre las horas que tenéis que andar—” te susurró al oído. Ella no lloró.